

## EL CUBO CIRCULAR

Los alumnos de Historia de la Universidad Complutense de Madrid, hace ya mucho tiempo, hicimos una excursión para conocer las pinturas prehistóricas de *La Piedra del Navazo*, en la Sierra de Albarracín. Nos guiaba el catedrático doctor Martín Almagro. Tuve la ocasión por ello de conocer, con algún detenimiento y mucho gozo, algunos lugares por mí desconocidos de la tierra conquense: Uclés –herreriana y seminarista y cielo azul-, Alarcón, Segóbriga –celtíbera y romana y soledad melancólica-, la bellísima fantasía natural de Cuenca. Fue un viaje muy grato, no sólo por las sorprendentes y continuadas emociones de lo que aparecía ante nuestros ojos sino por el amistoso y animado compañerismo que imperaba en el viaje. Y eso que nadie dijo, porque quizá nadie lo pensó, que éramos tan jóvenes que sólo existía entonces el desconocido territorio del futuro.

Originó aquello la escritura de un poema largo que, dividido en cinco partes, ocuparía más tarde la tercera sección de *Palabras a la oscuridad*. Bastantes años después, invitado por el buen amigo y poeta Ángel Crespo a unas jornadas poéticas en Cuenca, tuve la ocasión de leerlo en una bella sala del Museo Arqueológico rodeado de los restos excavados y así salvados de Segóbriga. Allí se conservaban las miradas de los extinguidos por el tiempo en unas piedras que fueron presentes para ellos, ahora detenidas en un pretérito, y en aquellas telas esculpidas o en las labradas piedras arquitectónicas se unían las suyas y las mías, tal vez unos tactos de los que sólo llegaba un calor imaginado.

He vuelto recientemente a Alarcón, y después de mi visita he regresado al poema. El fragmento dedicado a él no podría escribirse ahora. El paisaje es el mismo bellísimo, sobrio, gozoso, puro. El castillo es ahora un edificio alojador, y desde la torre puede verse el pueblo pequeño, limpio, sosegado, como llegado al primer vigor en sus distintos miembros. Mi primera mirada anterior se había detenido en un lugar asfixiado, vencido por el tiempo. Derruidas las iglesias igual que esqueletos al aire; igualados los escudos, las piedras nobles, el hierro de las rejas con el barro o el adobe de los muros, pues todo se mostraba uniformemente encalado, como si un viento de peste les hubiera obligado a ello, desinfectando así algo que pudiese asemejarse a la corrupción de un cuerpo hermoso, en el principio de la carrera de la muerte.

El día se presentaba colmado de luz, el pueblo quedaba cobijado en ella limpio y feliz. Mas algo ahora imprevisto, tan sorprendente como recogido y gigante, habitaba en una de las derruidas iglesias de antaño. La recobrada iglesia herreriana de San Juan Bautista se había convertido en un mágico cubo circular. La creación del aliento juvenil de un hombre que ha ocupado un muy largo tiempo, desde su angustiada y gozosa soledad, en la realización de un sueño que ha ido haciéndose y deshaciéndose, como sucediera con la tela de Penélope, sólo a la espera ahora del encuentro definitivo con un territorio desvelado.

El lugar, severo y armónico, tiene una historia de índole espiritual y es, por lo tanto, un libro que admitiría leerse. Durante siglos fue un recinto sagrado, en donde hubo oración, silencio y contemplación de lo invisible. Un libro cerrado de piedra en el que se podría seguir una historia múltiple de creencias y quizás también de simulaciones. La necesidad humana de obtener respuesta a unas preguntas calladas y dramáticas, recibidas unas veces con fe o como consolación, otras con mudo escepticismo.

Hace referencia el cubo a la cultura. Un testimonio arquitectónico que lo es también histórico y geográfico. Circular: como un punto que regresa a sí mismo en un movimiento cohesionado e igual. Y dentro, cercado, queda el territorio. El cubo circular se nos ha transformado, gracias a la desacralización ocurrida, en una cueva, en un lugar sagrado natural. "La aparición de una cueva es misteriosa", nos dice el órfico Lezama Lima.

Es ahora el recinto del sueño creador de un hombre y, como tal sueño, está pidiendo una interpretación que habrá de darse desde la mirada de cada uno. No hay un centro desde el que mirar, cada porción del mural es válido por sí mismo, no vale menos o más que los restantes, pues es su unidad lo único que puede significar con plenitud. Es un arte en continuidad, en movimiento creciente y decreciente, nunca desfallecido, diríamos que con sustancia hecha de tiempo.

La cueva, y en ella tanto importan las paredes como las formas y los colores, se ha transformado en enigmática belleza, pues la vida que allí está naciendo la vemos como un *regreso* que ha surgido de la intuición de un hombre que se pregunta y no halla respuestas. El hacedor, con insólita modestia, está instalado en una continuada búsqueda de lo incógnito: el caos natural originario.

En el mural se está haciendo la luz, la creación desde el caos, esa semilla desconocida e imaginada. No sabemos si ha florecido nuestra mirada o la pared: de allí parten indistintamente la luz y la noche, las penumbras y los colores, las imágenes distintas que a la vez se concretan o se disuelven: barruntamos imágenes que no veremos nunca.

Se ha creado un ámbito para que los sonidos pueblen el espacio, en armonía o sin ella, para que las voces se expresen con significación o sin ella. Una porción de universo. Sea el hombre allí instalado quien cree el devenir, y hágase a sí mismo descubriendo su propio origen o su finitud, o sepa al fin que los dos son uno solo.

Este lugar, en el gozne de los dos milenios, se nos aparece como anterior a los flecheros del Navazo, antes de los adorados toros primigenios, y es sin embargo la continuidad larga de un arte muy viejo, milenario. El hombre sigue haciéndose la misma pregunta auroral y temblorosa que tuvo lugar en los bosques de Albarracín, tanteante y fantástica en las tablas inventadas de El Bosco, informe ahora con Jesús Mateo, hija legítima del tiempo desventurado en el que pinta, la época que mejor conoce su propia ignorancia, y es en ella en donde encuentra su lucidez.

En estos pocos años transcurridos el poema *La Piedra del Navazo* se lee ahora falto de su mayor antigüedad, pues no existían entonces las piedras que hoy testimonian la huella artística del *Principio*, cuando no existía aun la mano

del hombre. Todo un milagro lleno de preguntas que sigue demandando, como si se tratase de un misterioso mendigo lujoso, una necesitada respuesta.

**FRANCISCO BRINES**

Oliva (Valencia)- ENERO DE 2003.